

en todo lo mismo que en la vida religiosa. El cristiano debe ser fiel á su vocación, lo mismo en la familia y en la sociedad, que en el Estado. Pero, ante todo, debe comenzar por cultivar su interior, porque no tiene valor ni fuerza completa su actividad exterior, sino cuando brota de un interior bien dirigido, y es la expresión de la convicción personal y de la conciencia sincera.

7. Encontramos en nosotros la noción de la ley.—

Se nos responderá que el Cristianismo es, sin embargo, una religión exterior. Nos impone una ley exterior, y una ley, por cierto, que estamos muy lejos de darnos á nosotros mismos, una ley que encontramos independientemente de nosotros, una ley que nos ocupa exteriormente, y que sin más cumplimientos manifiesta la pretensión de obligarnos. Además, nos somete esta ley á acciones exteriores que jamás nos hubiéramos impuesto á nosotros mismos, si no fuera tal el mandato que hace pesar sobre nosotros. Es verdad. Pero, pregunto yo: ¿Debe por esto considerársela como enemiga? ¿Tenemos derecho á considerar como extrañas las obligaciones que nos impone? ¿Vivimos acaso en la antigua grosería del Paganismo, para mirar como extraño y, por consiguiente, como enemigo todo lo que no viene de nosotros? «Sin duda, ha dicho San Agustín, con esa forma en la expresión, tan sucinta y de tan difícil comprensión que le caracteriza, ha escrito Dios la ley en tablas de piedra, pero lo ha hecho así únicamente porque no leían los hombres lo que estaba escrito en su corazón. Es verdad que en ésta estaban escritos sus preceptos, pero es verdad también, que no los leían los hombres. Los puso Dios ante sus ojos para que se vieran forzados á verlos en su conciencia, y acercándose en cierto modo á ellos la voz de Dios exteriormente, fuesen como rechazados hasta su interior». (1)

Es el mismo pensamiento que expresó el Apóstol en es-

(1) S. Agustín, *Ps.*, 57, 1, 1; *Serm.*, 81, 2. S. Juan Damasceno, *Orthod. fid.*, 4, 22. Sto. Tomás, 1, 2, q. 99, a. 2, ad. 2. S. Buenaventura, 3, ad. 37, a. 1, q. 3. *Cat. Rom.*, p. 3, c. 1, q. 3.

tos términos: «Cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente las cosas de la ley, estos tales que no tienen ley, son ley á sí mismos, que demuestran la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio á ellos su misma conciencia, y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusan y otras los defienden». (1)

En efecto, no es difícil probar que las doctrinas morales de la ley divina tienen todo su fundamento en la ley natural, esto es, en el conjunto de preceptos sobre el bien y el mal que encuentra grabados todo hombre en su naturaleza racional; y nadie pone en duda que, en muchos pormenores, no supera las pretensiones de la moral natural. En semejantes materias aparece á primera vista que ha de haber oposición. Pero si nos detenemos más en nuestro examen, nuestra razón se ve forzada en todo tiempo á confesar que reposan esos preceptos en los más sencillos principios de nuestra naturaleza moral, y pueden ser deducidos sin violentarla en lo más mínimo, aun cuando no haya necesidad incontestable de deducirlos. (2) Entonces, ¿cómo es posible encontrar hombres que afirmen que les parece la ley contraria á la naturaleza, y como extraña tiranía? ¿Necesita el hombre más que entrar en su propio interior para hallar la ley de Dios, ó por lo menos, la confirmación de su existencia? Cada uno lleva la ley en sí mismo, y la aprueba, aunque no sea él mismo el que la ha hecho. Jamás ha recibido un mandato un corazón generoso, sin que lo haya aprobado inmediatamente. Sus murmuraciones, y la tendencia á rebelarse contra la ley, tienen origen en la parte baja y animal del hombre, ó en su orgullo; pero siempre la aprueba la parte noble de su naturaleza.

Sólo falta, pues, que entre en sí mismo el hombre é interroque interiormente á su misma naturaleza, y constantemente encontrará la confirmación de que la ley es algo

(1) Rom., II, 14, 15.

(2) Cfr. Sto. Tomás, 1, 2, q. 94, a. 3, q. 100; a. 3, q. 107; a. 2 y 3. Gonet, *Clypeus Theolog.*, p. 2, tr. 6, d. 3, 35-40. Colon., 1671, III, 529.

íntimamente ligado á la mejor parte de su naturaleza. Se dijo ya en este sentido: «Sed vuestros mismos legisladores»; ⁽¹⁾ y por lo tanto puede decirse de los que saben leer en sí mismos que no se ha dado la ley para ellos; en todo caso, jamás se deshonrarán diciendo que sienten pesar sobre sí la ley que llevan en sí mismos como yugo extraño, pesado y enteramente contrario á su felicidad. ⁽²⁾ No podemos dejarnos aventajar en esta materia por el antiguo pagano que se expresaba con estas cáusticas palabras:

«Sí, hay una ley verdadera, la recta razón, conforme á la naturaleza, grabada en todos los corazones, inmutable, eterna, cuya voz nos señala nuestros deberes, cuyas amenazas nos desvían del mal, sin que sean perdidos para los buenos sus mandatos ó sus prohibiciones, ó sin que se muestren insensibles á ellas los malvados. Nada se puede cambiar, nada quitar de esa ley; no se la puede destruir; no hay pueblo ni senado que nos pueda librar de ella; no tiene necesidad ni de comentador ni de intérprete; lo mismo es en Atenas que en Roma; la misma es hoy que será mañana, que fué y será siempre; una, eterna, inmutable; abarca todos los pueblos y todos los tiempos. El soberano del universo, el Dios que la ha concebido, discutido y publicado, es el único que nos la enseña á todos; no obedecerla, es huir de sí mismo, es despojarse de su carácter de hombre, es imponerse el castigo más terrible, aun cuando escapemos á lo que consideramos como suplicios. ⁽³⁾

8. La inclinación al bien.—Y no sólo encontramos en nosotros mismos la ley, ó, en otros términos, el conocimiento del bien; encontramos también la inclinación á realizar el bien; y para cumplirlo, es mucho más poderoso auxilio, que no sería su solo conocimiento. ¡Qué tristeza se experimenta, cuando se oye quejarse á muchos hombres de que obra contra su naturaleza la ley de Dios, que los

(1) Barnab., *Ep.*, 21.

(2) I Timoteo, 1, 8, 9.

(3) Cicerón, *De República*, 3, 17; apd Lactantium, *Inst.*, 6, 8.

violenta á causa de las exigencias que tiene con respecto á nosotros! Podrían tolerarse esas quejas, si vinieran solamente de almas vulgares que no conocen más que la satisfacción de sus más bajas inclinaciones. Pero las escuchamos también de espíritus que mirarían como la afrenta más deshonrosa el solo pensamiento de que se hicieran de ellos semejantes suposiciones. De hecho, no tenemos necesidad de rebajarlos; lo hacen ya ellos y en la más grande proporción. No está organizada la naturaleza del hombre de modo que se vea forzada á preferir lo que es contrario al bien mismo. Así se ve obligado á confesar Ovidio que «no sólo reconoce lo que exige la ley, sino que además lo aprueba». ⁽¹⁾ El mismo San Pablo no podía hacer nada mejor que suscribir estas reivindicaciones. ⁽²⁾ Con esto, ¿quieren decirnos únicamente que es peor su naturaleza que la de los otros hombres, ó que por su propia falta, han renegado de ella hasta el punto de haber perdido esta naturaleza toda su natural inclinación al bien?

Si tal fué su pensamiento, tienen razón en cubrirse de confusión; pero con esto hacen gran agravio á la verdad. Lleva grabada en sí la naturaleza del hombre la huella del bien, siendo imposible hacerla desaparecer. «Entre todo lo que es natural al hombre se encuentra en primera línea lo que podría decirse que es lo más natural de todo, y que se enuncia así: «el hombre ama el bien, y trabaja para conseguirlo». ⁽³⁾ Por eso los espíritus nobles tienen más necesidad de riendas que de espuelas para no caer en los precipicios, arrastrados por el placer que les causa el bien, y para no causar daño ni á sí mismos, ni á la virtud, por el exceso de celo. Sólo los esclavos se dejan conducir por el látigo. Y ¿quién querrá pasar por la ignominia de ser contado entre los esclavos? ¿Cómo podría uno confesar públicamente de sí mismo que no le es natural el bien, que tiene su causa en la coacción? Sólo el que vive cons-

(1) Ovidio, *Metam.*, 7, 19.

(2) Rom., VII, 22.

(3) Sto. Tomás, 2, 2, q. 34, a. 5.

tantemente entre las cosas exteriores puede hacer uso de lenguaje semejante, y despreciar su naturaleza en lo que tiene de verdadera y de buena. Para volver á encontrar placer y gusto en hacer el bien, cuando uno se ha dejado absorber por el mundo exterior, no hay más que volver á entrar en su propio interior.

Una prueba mil veces repetida nos muestra que los que más se quejan de la dificultad del bien, son casi siempre los que, arrojados al torbellino del mundo, realizan tan poco bien, que es inútil hablar de ellos. Pero los que una vez han entrado en sí mismos, y han comenzado á trabajar con seriedad en su mejoramiento interior, experimentan en la realización del bien un placer desconocido hasta entonces, un placer que crece siempre más y más, á medida que cultivan esta primera obligación de la vida humana.

9. La vida interior.—En fin, la realización de la ley y la ejecución de todo bien, cualquiera que sea el lugar en que se cumple, no puede manifestarse en otra parte que en el interior de cada uno. Esta máxima es la más importante de todas; pero desgraciadamente, á juzgar por lo que se ve, es también una de las que considera el mundo más extrañas. Sólo para el mundo exterior vivían los antiguos griegos y los antiguos romanos. Vivir para sí era un pensamiento que no podía venirles á las mientes, porque no había quien les dijera que tenían un valor personal y un deber que cumplir para consigo mismos. Por eso sus goces, sus afectos, sus trabajos, los actos todos de su vida tendían hacia el exterior. Todos los momentos de que disponían pertenecían al Foro, á la Agora, al teatro, al circo, á los juegos públicos, á los festines, á los regocijos. No tenía para ellos atractivo alguno la vida silenciosa, pasada en el santuario de la familia. Jamás conocieron esa vida íntima del corazón con todas sus delicias y con todas sus tristezas, con todas sus penas y con todas sus recompensas. Y en el estado en que se encontraban, aun cuando se hubiera ofre-

cido alguien á comunicarles esta enseñanza, lo hubieran rechazado, hubieran huído de él como se huye de un desierto penoso y de un vacío insoportable.

Esta es la razón por la que no nos debemos extrañar si descendió tanto la moralidad en ellos, aun en los mejores. ¿Á quién compararé los hombres de este género? Sí, ¿á quién se parecen? «Á estos niños que están sentados en la plaza pública y que, al encontrarse, dicen: ¿hemos tocado la flauta delante de vosotros, y no habéis danzado, os hemos endechado y no habéis llorado?»⁽¹⁾ Así eran los antiguos; pero ¿podré afirmar, sin ofender á la verdad, que sigue diferente camino nuestra actual generación?

Bien diferente es el carácter del espíritu cristiano, con frecuencia tan mal comprendido y tan poco estimado hasta por los suyos. El cristiano no desprecia ni el mundo exterior, ni ninguna de las obligaciones que lleva consigo la vida social. Jamás se perdonaría, si un orgullo oculto ó la pereza, ó la falta de caridad, le impidieran, ni siquiera una vez, descender, como fiel servidor, á la práctica de los deberes de su vocación, y fuera obstáculo para compadecer las miserias de sus hermanos con caridad real y efectiva. No debe despreciar el cristiano ninguno de los dominios que el hombre está obligado á cultivar. Además, se le han abierto otros nuevos, debiendo mostrarse en todos mejor que los paganos honrando á su nombre. Debe servir al Estado con tanta fidelidad como el romano, dirigir su familia todavía mejor que el griego, practicar para con el prójimo y en la más vasta esfera posible, la caridad, esa virtud que ni siquiera llegó á presentir la antigüedad. Y permaneciendo fiel á todos sus deberes, puede todavía pensar en el embellecimiento de su existencia con los placeres que no están prohibidos. Porque en ninguna manera impide el sentimiento cristiano apreciar la vida como conviene con toda verdad; y los goces agradables del mundo sensible, las recreaciones, los placeres disfrutados en proporción moderada, dan fuerza al alma para cumplir mejor

(1) S. Lucas, VII, 31.

la tarea de su perfección moral. Pero debe obrar de otro modo que los hijos del mundo. No se diferencian los hijos de Dios de los hijos del mundo en las obras que hacen, sino en la manera de hacerlas y en el espíritu que preside á su cumplimiento.

Si preguntamos á los antiguos sobre lo que han hecho al imponerse tan grandes sacrificios por el bien común, no dejan por mucho tiempo subsistir nuestra duda. Hemos servido, nos dicen, al honor, á la utilidad, á la necesidad. Y esta misma opinión tienen los que, con desprecio de todo motivo religioso, se imaginan hallar hoy una moral nueva y más elevada que la moral cristiana. Todos los motivos que invocan, los toman fuera del hombre. Si preguntamos á un cristiano el porqué de su trabajo, nos contesta señalando un solo motivo, la conciencia. Sirve al Estado por deber de conciencia; trabaja en sus negocios por deber de conciencia, se somete á la obediencia por deber de conciencia; hasta cuando quiere recrearse y gozar de un placer, pregunta á su conciencia. No le viene del exterior el impulso que le determina á obrar, sino de su interior. La conciencia regula, modera y dirige toda su actividad. En él se encuentra también el fin que persigue en todo su trabajo. La conciencia le dice hasta dónde puede llegar, el límite en que debe detenerse, y el punto á donde ha de dirigir los esfuerzos de su actividad. Cuando, sin segunda intención, busca también el bien de la patria, de su familia, de su círculo, tampoco tiene más que un fin: cumplir con su deber, servir á Dios y al mundo según las exigencias de su conciencia. En todo trabajo lleva consigo el reino de Dios; de ese reino de Dios proviene todo el bien que hace; en todas sus obras domina una primera intención, afirmar más y más en sí ese reino de Dios. Por eso jamás se ahoga en el trabajo por urgente y considerable que sea; en todos sus cuidados, en todas sus penas, tiene siempre un lugar libre en su interior, para acogerse á él, para dar treguas á la disipación, para renovar su valor, para retemplar sus fuerzas debilitadas y para volver á co-

menzar, rejuveneciendo, la antigua y penosa labor con nuevo placer y con mayor anhelo. Por eso en nada le perjudica interiormente el trabajo exterior, cualquiera que sea, al contrario, se fortalece con la actividad exterior la vida de su alma. Sin duda alguna que del fondo de su corazón saca toda esa fuerza y todo ese entusiasmo para la actividad externa. Cuanto más se afirma en él el reino de Dios, más inagotables medios halla para extenderse exteriormente. Aquí están unidos íntimamente lo interior y lo exterior; pero lo exterior vive y recibe su vida de lo interior; y así debe ser, pues es el espíritu el que da la vida al cuerpo.

10. Vacío de la vida exterior: plenitud y riqueza de la vida interior.—En otros tiempos, este mundo interior estaba cerrado como un jardín de delicias, y era accesible sólo á un pequeño número de espíritus escogidos, los cuales, sin embargo, no vivieron nunca en él como en su casa y en país conocido. Hoy, el cristiano menos instruído, se halla en estado de poder conocer el mundo interior que consigo lleva, y el niño educado en el Cristianismo es ya muy superior á los sabios de la antigüedad. Porque, ¿cuál es el pensador del mundo antiguo que conoció su propio corazón hasta el punto de convencerse de la conveniencia de una vida que debía colocar sobre todos los negocios de este mundo, como lo hace el cristiano más sencillo que conoce y practica su fe? Para el hombre de mundo, y, por desgracia, hay que contar en este número muchísimos personajes instruídos y aún sabios, entrar en sí mismos, aunque no fuera más que un cuarto de hora, sería el fastidio más importuno. Y nuestras criadas cristianas gozan toda la semana recordando la tarde del domingo, en que dieron á sus almas algunas horas en lugar de emplearlas paseando. Para ellas el cielo está en la tierra; tienen tanto que hacer con su interior, que pasan como un soplo los pocos instantes que le consagran.

Ved ahí un nuevo mundo, un nuevo campo de trabajo abierto al hombre. En ese campo, cada uno es su

jardinero y su artista. Jamás se confía á un jardinero, que no lo sea en verdad, un jardín que produce flores encantadoras. Jamás habrá artista capaz de ejecutar una obra más perfecta que nuestro interior, si ponemos en su embellecimiento toda la atención de nuestro espíritu. En ese dominio, todos somos pretendientes de noble raza. Ninguna potencia terrestre puede entrar en él contra nuestra voluntad, y pisotear ese suelo inviolable y santo. Si queremos, todos dominamos en él como príncipes y reyes. Para esto, no hay más que tirar fuertemente de las riendas á la sensualidad, á los bajos instintos y á las inclinaciones del corazón. En tales condiciones, no hay rey que reine y gobierne en un imperio tan rico y tan santo. En ese santuario, cada uno es su propio gran sacerdote, que ofrece en el altar del corazón el sacrificio eterno de la oración y de la caridad, de la abnegación y de la práctica de las virtudes, y embellecida el alma por ese trabajo de purificación, vuela al encuentro de la santidad infinita.

Hemos encontrado aquí el centro de la vida moral, en el cual toda nuestra actividad, cualquiera que sea, debe tomar luz y calor, fuerza y dignidad; y con toda verdad podemos decir que hemos aprendido aquí á conocer la naturaleza toda entera. Y si no hiciéramos más que comenzar á cultivar con seriedad este nuestro reino, conoceríamos muy pronto la plenitud de fuerza y de paz que en él se encierra.

Se extraña el esteta Vischer de que los Santos de la Edad Media se nos presenten siempre con la cabeza inclinada á un lado, actitud que todos conocemos. Piensa que proviene de que tenían el centro de gravedad fuera de sí. (1) Pero se engaña. Llevaban así los Santos la cabeza, por lo mismo que se encorvan las espigas de trigo. No inclinan la cabeza porque esté fuera de ellos el centro de sus pensamientos y de sus sentimientos, sino porque sienten en sí tal plenitud de vida, que no pueden contenerla. Desearían que participase el mundo de ese manantial de

(1) Vischer, *Ästhetik*, III, 486 y sig.

santidad de que gozan ellos, y por eso dejan caer la cabeza sobre el hombro. El Seráfico pobre de Asís y la Virgen de Lima podían disimular tan poco aquella abundancia de vida que existía en ellos, que hubieran deseado comunicar su amor y los transportes de su alegría á los lobos y á los pájaros. El mismo exceso de fervor obligaba á San Pablo de la Cruz y á Santa Magdalena de Pazzi á templar con agua helada las abrasadoras llamas que devoraban su corazón. Ese mismo fervor penetró en el pecho de San Felipe Neri, traspasó el corazón de Santa Teresa con un dardo de fuego, y obligó á San Pablo á dar este grito de dolor: «El amor de Cristo nos estrecha, nuestra boca abierta está para vosotros y nuestro corazón se ha dilatado». (1)

De esta manera se renuevan, en el que así lo quiere, los antiguos días de los milagros. Si dejo á mi corazón que goce de todos los bienes que hay fuera de mí, queda vacío y sin consuelo. Se concibe fácilmente; ni la tierra ni el mundo entero pueden llenarlo; es demasiado grande, tiene un origen demasiado noble. Mas apenas he comenzado á vivir en mí, satisfácese al instante este insaciable corazón, y esparce por doquiera riquezas espirituales; no puedo ya contenerlo en mí mismo, y me parece que debe participar todo el mundo de esa plenitud que poseo. Y entonces vive en la abundancia aquel cuya vida parecía un desierto, se ha hecho rico aquel que era pobre, y ya es señor el que era esclavo. Encuentra todo esto en el momento en que acaba de comprender estas palabras: «El reino de Dios está dentro de vosotros». (2)

(1) II Cor., V, 14; VI, 11, 12.

(2) S. Lucas, XVII, 21.